



## Martinón; el electrón enojón

**H**abía una vez, en un sitio muy pequeño, ¡pequeñísimo!, tan pequeño que no era visible para el ojo humano; en un átomo, una vecindad alegre. Aquellos habitantes eran peculiares. La mayoría eran iguales, siempre tenían la misma energía.





Y entre esta masa de energía se encontraba Martinón. Él era diferente a sus compañeros. Era extremadamente enérgico, sí, pero mientras que sus vecinos se mantenían en su rutina diaria de girar y girar con alegría, Martinón la hacía con mala gana. Era muy enojón.

Le molestaba el hecho de que no habían cambios en la rutina, siempre era girar alrededor de quién sabía qué, y nadie se molestaba en preguntárselo. Le molestaba la actitud despreocupada de sus vecinos, le enfurecía ser el único electrón que, según él mismo, tenía sentido común de aburrirse de aquella larga rutina. Ningún electrón se comunicaba con los otros, pero obviamente todos sabían que este peculiar electrón siempre estaba de mal humor.

Las innumerables vueltas comenzaban a volverse eternas para Martinón, el silencio era abrumador, y eso sólo conseguía molestarlo aún más. ¿Acaso era el único electrón que quería relacionarse con los demás?. Pero por más que intentase acercarse a otro, él simplemente decidía alejarse al último momento. Por más que quisiese, sólo rechazaba la idea de acercarse a otro electrón.

Martinón había escuchado los mitos de que los electrones que desaparecían de aquella vecindad, lo único que hacían era mudarse a otra. Otra vecindad que era muy cercana y, al mismo tiempo, demasiado diferente.

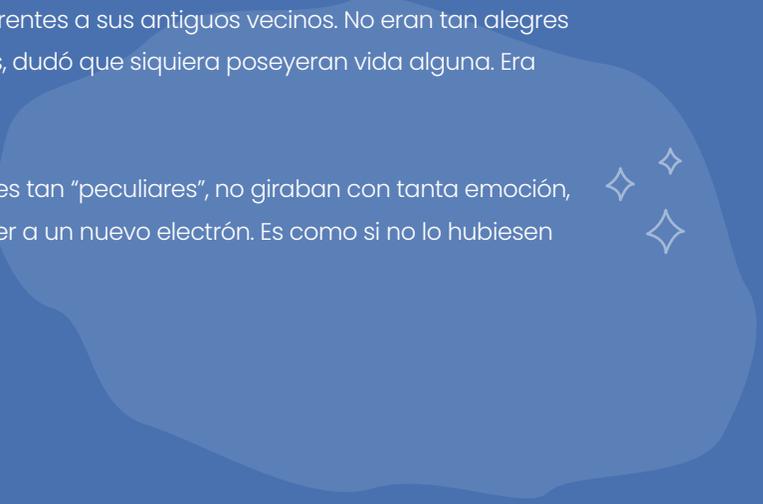
Hasta ahora, Martinón jamás había considerado la posibilidad de marcharse de su hogar. A pesar de su constante enojo hacia sus habitantes, obviamente él amaba su hogar. Pero su constante malhumor pronto le convenció de cambiar de opinión. Él se marcharía de ahí, aunque fuese lo último que hiciera. Por lo tanto, lo siguiente que hizo, fue saltar.

Se marchó de su hogar con tanta velocidad que no se dio cuenta de cuando había llegado a una vecindad diferente en el mismo átomo en el que se encontraba. A lo lejos se visualizaba algo, parecido a una montaña. No le dio importancia.

Se emocionó demasiado, por primera vez en años no estaba de mal humor. Ya no tendría que soportar a sus vecinos girando alegremente, sin hablarse entre ellos. Ahora él podría comenzar de nuevo.

Otros electrones habitaban ahí, pero estos eran diferentes a sus antiguos vecinos. No eran tan alegres como sus antiguos vecinos, incluso, al fijarse en ellos, dudó que siquiera poseyeran vida alguna. Era como si estuviesen muertos en vida.

O al menos así lo consideró Martinón. Estos electrones tan “peculiares”, no giraban con tanta emoción, apenas y sí parecían moverse. No se inmutaron al ver a un nuevo electrón. Es como si no lo hubiesen notado todavía.





Martinón decidió restarle importancia a aquella tétrica manera de ser. Comenzó a apegarse a su nueva vida.

Pero, incluso, a los segundos de empezar, ya notaba la diferencia con su antiguo hogar. Eso le molestó aún más. ¿Acaso a nadie le gustaba su rutina?. Quizás girar no fuese lo mejor, pero era preferible a no hacer nada.

Ahí fue cuando el electrón enojón se dio cuenta de que extrañaba su antiguo hogar. Extrañaba como sus compañeros daban vueltas con gracia y alegría. Y él no supo apreciarlo. Las lágrimas pronto aparecieron, puesto que sabía que nunca podría volver a su hogar.

Se puso nervioso y los pensamientos lo azotaron. ¿Cómo había sido tan tonto?, había actuado por impulso nuevamente y ahora no había vuelta atrás. ¿No había aprendido hace tiempo?, cada acción tiene una reacción. Pero ahora no podría redimirse. Estaba atrapado.

Lo siguiente que él supo fue que intentó gritar. Lo intentó con todas sus fuerzas. Quizás, sucedía el milagro de que tuviera voz y alguien podría escuchar sus súplicas constantes de volver a su hogar. Pero no lo logró. Se esforzó tanto que incluso creyó que iba a explotar. Y no estaba equivocado.

Una fuerte onda salió de sí mismo. Una brillante luz blanca, en la cual, dentro de ella, existían miles de colores. La onda se expandió, y se expandió. Pero nada más sucedió hasta unos minutos después. Él estaba viajando, tan rápido que no lo creía posible.

Pero no estaba solo, veía otras ondas de la misma intensidad que la suya. Estos se mostraron complacidos con su aparición. Se convirtieron en los primeros y únicos amigos de Martinón. Y ahora el viaje recién comenzaba.

En su largo viaje, a veces, Martinón y sus nuevos amigos se encontraban con diferentes obstáculos. Objetos que, de vez en cuando, no les permitían pasar, pero, de igual manera, ellos encontraban la forma de seguir con su camino, dejando atrás una especie de "zona de sombra".

Igualmente, pronto se dio cuenta de su importancia. Él no era una simple onda brillante. A veces, seres vivos; plantas, le pedían prestada su energía. Ellas hacían todo un proceso para darle más vida a la Tierra. Ellas generaban Oxígeno a partir de su energía.

Así que, diariamente, al ser capaces de percibir la fuerte influencia de la luz, significa que un pequeño, ¡pequeñísimo! electrón, quizás enojón como Martinón, o quizás por otras razones, ha abandonado su hogar, y se dio cuenta que nunca podría volver, pero han descubierto nuevos amigos, con los cuales recorrerán el mundo en forma de luz.

**Fin.**

**-Martinón, el electrón enojón  
Por Delfi\_Bellxs**

